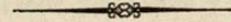


La tierra y casa y la agradable esposa
 Dejarás. De los árboles que siembras
 El cipres solo seguirá sombrío
 ¡Ay! á su breve dueño.

Tu heredero, mas digno, de su copa
 Verterá sobre el suelo el vino raro,
 Que guardas con candados, y que envidian
 Las pontificias cenas.

PARTE SEGUNDA.



POESIAS MORALES.



EL HOMBRE.

El hombre triste en su delirio ciego
 Blasona de su ser, ó bien maldice
 De su existencia mísera y penosa.
 Conjunto misterioso en quien se miran
 Reinan en varia y en opuesta forma
 El bien y el mal, y la virtud y el vicio.
 ¿Qué es el hombre infeliz, que acaso lucha
 Con su misma pasión, ó imbécil cede
 A sus impulsos férvidos? Lanzado
 En medio de este globo, apenas vive,
 Partiendo sus momentos fugitivos
 En gozar y sufrir, cuando el sepulcro
 Lo arranca de la escena de la vida,
 Y lo reduce á desconcierto y polvo.

¿A qué vine yo al mundo? ¿Qué destino
 Debo ocupar en él? ¿Soy por ventura
 Producto del acaso, hijo del tiempo,
 Juego de la fortuna, y presa débil
 De la nada voraz? ¿O fui formado
 Por un poder eterno, inteligente,
 Para objetos mas altos y sublimes?
 ¿En qué lugar me colocó el destino
 De esta cadena inmensa de los seres?
 Pregunto á la razón, y ella vacila.
 Esta guía falaz, hora se encumbra
 Al remoto principio de los tiempos,

Y tocando al origen de las cosas
 Pretende descubrir hondos arcanos
 Agenos de su ser: los resplandores
 Del fuego de los cielos la deslumbran;
 Y semejante al Angel derribado,
 Baja del solio que escalar intenta
 Do triunfa la verdad. Ora descende
 A un abismo sin fin; y despechada,
 En medio de tinieblas, roba el brillo
 A la dulce esperanza. Audaz empuña
 El duro cetro en su potente mano,
 Oprime mi alma con amargas sombras,
 Y arrancando al espíritu sus alas,
 Cargado de cadenas, le condena
 A ser presa infeliz de los dolores.

¡O dolor! nombre infausto, ¿qué elemento
 Eres tú de la frágil existencia
 Del mísero mortal? Tú le acompañas
 Como sombra funesta aterradora,
 Desde el primer vagido de la cuna,
 Hasta el postrer sollozo del sepulcro.
 ¿Es necesario ¡ay triste! que yo gima
 Para que el mundo goce? Mis tormentos
 ¿Endulzan los pesares, dan holgura
 A los otros vivientes? Mis placeres
 ¿Son mas vivos acaso, son mas gratos,
 Cuando mi hermano bebe con sus lágrimas
 Las heces del dolor?

El tierno niño

Fruto de amores castos (dulce alivio
 De un pobre corazon) lleno de vida,
 Rebosando salud, gracia, inocencia,
 Siente en su seno la letal ponzoña
 De la dolencia súbita, y herido
 Baja á la tumba. Su congoja lenta
 Sus ayes moribundos, los lamentos

De su madre, ¿mitigan por ventura
 El dolor que otros pechos atosiga?
 ¿A qué vino este infante entre los hombres?
 ¿Qué objeto tuvo en él naturaleza?

Mirad aquel mancebo, en cuyo aspecto
 Se dejan ver designios inmortales:
 Brilla en sus ojos un celeste fuego,
 Y le cercan los rayos de la gloria.
 ¡Ay! las pasiones en su noble pecho
 Se ceban inhumanas, destruyendo
 Su heróico esfuerzo y su bondad natia.
 Marcado con el sello del oprobio
 Postrado yace. Enherbolada flecha
 Le despedaza aguda las entrañas.
 Gime del hondo pecho, y dolorido
 Clama al cielo con grito penetrante:
 Pero el cielo inclemente le condena
 A los remordimientos: la agonía
 Sofoca ya su espíritu agitado.
 ¿Es este el que viviendo de esperanzas,
 De la honra cortejado y la fortuna,
 Ceñido de los plácidos laureles,
 De los triunfos y ciencias, caminaba
 De la inmortalidad al alto asiento?
 ¡Desgracia inevitable! Tú del mundo
 Eres dueño absoluto y de los hombres.

Y tú, doncella hermosa, que naciste
 Para inundar el orbe de contento
 Y disipar su horror. Tú en cuya boca
 Vaga la blanda risa, ¿quién tu seno,
 Morada del placer, sereno y puro,
 En guarida trocò de la tristeza?
 Una oculta pasion no declarada,
 Un afecto infeliz mal reprimido

Constumen tu belleza. Desfalleces,
Y tus copiosas lágrimas anuncian
De tu disolucion el fin cercano,
Como las gotas últimas del iris.
¡Cuántos años de amor y de ventura
Robas contigo al mundo que te pierde!

¡Ay! todos á la muerte caminamos,
Y una mano invisible nos conduce
Al lindero espantoso. En él terminan
La vida y la creacion. De allí comienza
A ensancharse el espacio pavoroso,
En cuya inmensidad errante vaga
La mente, cual relámpago ligera:
Inmensidad que en vano el pensamiento
Pretende concebir: en cuyo abismo
Cerrado á la ilusion, á la esperanza,
Al ruego, á los placeres y deseos,
Se sepultan por siempre las pasiones,
Los reinos, las repúblicas, imperios,
Y los vanos objetos, que los hombres
Tienen en sumo precio y alta estima.

Solo la Eternidad su asiento tiene
Sobre inmutables bases de diamante.
El tiempo destructor encadenado
Yace á sus plantas, la segur depuesta.
En torno reina soledad sombría,
Profunda soledad, terrible, angusta,
Dondé no llega el alterado estruendo
De las olas del mundo; y se oye claro
De la ingenua verdad el sacro acento.
Allí la voluntad fija y absorta
Halla su fin, y el ánima se goza,
O tambien desdichada llora y pena.

¡O misterio terrible, á cuya vista
La razon espantada retrocede!

De mi naturaleza los arcanos
Solo tú sabes esplicar; mis dudas
Disipas victorioso, y entre sombras
Un secreto con otro me declaras.

Es cierto: yo conozco que he nacido
Para la eternidad. Altos deseos
Mi pecho encienden. Fervorosa llama
Arde en mi seno, y el amor de gloria
De todas mis potencias se apodera:
Pero de gloria inmensa, inmarcesible,
Que levantando al cielo su alta frente
De sumos resplandores adornada,
Sobrepuja triunfante las edades,
Detiene de los siglos la carrera,
Mostrando al mundo atónito los nombres
Que á la virtud y ciencia son mas caros.

¡O si mi corazon asilo fuese
De la virtud sublime y generosa!
¡O si á mis sienes el laurel egregio
Ciñera de la docta poesía!
Entónces en las alas de la fama
Llevara el nombre de mi patria ilustre,
Y el dulce nombre de mi amada hermosa
De donde nace el Sol á donde muere:
Triunfara del sepulcro, y para siempre
Tambien mi nombre libre del olvido,
Del mundo por los ámbitos sonára.

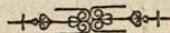
Esa dádiva insigne prefiriera
A cuantas brinda la fortuna. Vanos
Sus dones son: cual humo se disipa
El falaz brillo de su leve gloria.
El rico cetro que el monarca empuña
Es débil caña, que se quiebra y hiere
La mano incauta que sobre él se apoya.
La pompa del magnate poderoso
Es el festin apenas de una noche:

Un invisible dedo ante los muros
 Con misteriosos caracteres traza
 El duro anuncio de su fin amargo:
 Comienza entre las sombras con estruendo
 Y á la aurora termina con gemidos.

Digno de compasion el hombre fuera
 Si á la imperiosa voz de su deseo
 Cediese por flaqueza, y no insensato
 Obrase por designio. Los delirios
 De su mentida gloria son señales
 De profunda maldad. ¿Veis al tirano
 Que asentado en un trono mal seguro
 Ciñe rica diadema, y entre inciensos
 Cantos lo arrullan de servil lisonja?
 Pues notad que su manto está teñido
 Con sangre de guerreros. Las lucentes
 Joyas que lo recaman, semejantes
 Del pavon á la cauda, son los ojos
 Que arrancó de los pueblos que domina.
 La turba desdichada se le postra,
 Y vertiendo por llanto hilos de sangre,
 Sin luz, sin esperanzas, ni consuelos,
 Adora ciega el ídolo feroce
 Que ella misma forjó. Siente en su cuello
 La cadena cruel, sin ver la mano
 Que sobre él la coloca. Culpa al cielo,
 Y ella sola es la causa de sus daños.

¡O mortal degradado! Alza tu frente
 Del polvo vil, y con orgullo noble
 Abandona el error. ¿Tu noble origen
 Has olvidado ya? ¿No eres la imágen
 Del soberano autor? ¿Por qué insensato
 De tu estirpe depones la hidalguía?
 Tu inercia te anonada. Peregrino
 Transitas por el mundo, caminando
 A la morada de eternal reposo.

La mano que te crió, no te destina
 A torpe humillacion. Vuelve la vista
 Al sôlio que te tiene preparado:
 Perfecciona tu ser, y espera firme
 La hora que el cielo te señale. En tanto
 Trata á los hombres como hermanos todos,
 Y dobla á Dios tan solo la rodilla.



LA VISION.

Yo ví una luz opaca y pavorosa
 En medio de la noche sosegada,
 Y en sueños á mi diestra vide alzada
 Una figura pálida y llorosa.

Cubierto su semblante de amargura
 Se mostraba al través de un ancho velo:
 Profuso era su manto, y hasta el suelo
 Arrastraba su luenga vestidura.

Como suena el tristísimo gemido,
 Que interrumpe el silencio de la tumba,
 Y sumiso en las bóvedas retumba,
 Así su acento resonò en mi oído.—

“¿Cómo de la virtud te divorciaste
 Que fué tu hechizo mientras yo vivía?
 De tus brazos bajé á la tumba fría,
 ¿Y al punto mis ejemplos olvidaste?

“Mi mano dirigió la tierna planta
 De tu edad infantil por buena senda:
 A tus fuertes pasiones puse rienda;
 Y te enseñé del cielo la ley santa.

“Todo tu corazón sencillo y tierno
 Distes á Dios cuando apenas balbutias:
 ¿Quién habría de pensar que faltarias
 A los votos que hiciste ante el Eterno?

“Así los días de tu niñez corrieron,
 Y tus floridos años se pasaron:
 Tantos buenos deseos ¿en qué quedaron?
 Tantas bellas promesas ¿qué se hicieron?

“Vuelve infeliz de tí, mira tu pecho,
 Morada en otro tiempo del reposo,
 Convertido en abismo tenebroso
 Donde lidian la culpa y el despecho.

“Una mentida ciencia te deslumbra
 A todos tus afanes siempre ingrata,
 El genio que en sus alas te arrebató
 Te precipita cuanto más te encumbra.

“Hoy el cielo propicio te concede
 Lugar para que mudes de camino;
 Venera los decretos del destino
 Y á tiempos más felices retrocede.

“Alza la vista á la suprema altura,
 Donde la luz eterna reverbera:
 Allí está tu descanso, allí te espera,
 Quien mereció otro tiempo tu ternura.

“Conviértate mi amor; mi labio frío
 Te recuerda mis últimas lecciones:
 ¡Dichoso tú si en práctica las pones!
 ¡Ay si las olvidares hijo mío!”—

Mal despierto y turbado en aquel punto
 Salto lleno de espanto de mi lecho:
 El aliento vital con fatiga echo,
 Perdida la color como difunto.

A la querida sombra clamo insano
Inundadas en llanto mis megillas,
Tiendo las yertas manos amarillas
Y aprieto solamente el aire vano.

¿Te vas, la dije entónces, y me dejas,
Convirtiendo en desvelo mi letargo?
¿No escuchas mi dolor y llanto amargo?
¿No te mueven mis lágrimas y quejas?

Jamas te olvidaré, sombra adorada,
Genio que en las tinieblas me visitas,
Angel que con tu voz me resucitas,
Mensagera de lo alto destinada.

¡Que profundas, qué vivas impresiones
Ha causado tu acento en mis entrañas!
Como pasa la niebla en las montañas
Así huyeron mis vanas ilusiones.

Y no es una invencion, no es ilusoria
Ficcion nacida de un engaño ciego:
Grabado con imágenes de fuego
Vive el hecho constante en mi memoria.

Desde entónces se ven en mi megilla
El dolor y la pena retratados,
En mi pálida frente los cuidados,
Y en mis ojos la lágrima que brilla.

Y huyendo desde entónce á los retiros,
Rompí con este mundo mis alianzas,
Y animado de eternas esperanzas
A los cielos dirijo mis suspiros.



EL SEPULCRO.

~~~~~

AQUESTE es el sepulcro, la morada  
Postrimera del hombre. Aquí fenece  
La mundana inquietud, y cesela vive  
La eternidad. Placeres seductores,  
Halagos dulces y caricias tiernas,  
Huyen de este lugar. El amor mismo  
Inundado de llanto, y estinguida  
La llama de su antorcha, con lamentos  
Baja á ocultarse al centro pavoroso.  
La fastosa ambicion sin los honores  
Del mando que ejerció, llega sumisa  
A ocupar en silencio el puesto humilde,  
Que le señala el dedo de la muerte.  
Y la avaricia vil, sórdida, incierta,  
Con torva faz y escuálido semblante,  
Negro y lácio el cabello, taciturna,  
Vueltos los ojos al tesoro amado,  
En el angosto límite se postra.  
Cierra el mármol la tumba, y aun se escucha  
Allá en el fondo el lúgubre gemido.

Debajo de estas bôvedas opacas  
Alumbradas apenas por el rayo  
De moribunda lámpara, contempla  
El ánima los tiempos ya pasados  
Y los siglos futuros. De repente

Mira unidos extremos mas distantes  
 Que el oriente y ocaso. Es el sepulcro  
 Padron aterrador, que se levanta  
 De la vida y la muerte en los confines.  
 Así se eleva en los polares climas  
 Helada sierra en el lejano puerto:  
 Véñse á una parte desde su alta cumbre  
 Las ondas de un abismo tempestoso,  
 Que rugen fieras, y se encrespan; de otra  
 Soledades inmensas, despojadas  
 De luz y de verdor, siempre oprimidas  
 Bajo el estéril peso de la nieve:  
 Ni rastro incierto ni vereda escasa  
 En su estension inculta se descubre.

¿Qué es nuestra vida?—Una ilusion perpetua—  
 A nuestro lado asisten incesantes  
 La dicha y la desgracia. Al golpe alterno  
 De sus mágicas varas, nos ofrecen  
 Imágenes amables ó espantosos  
 Espectros. Unas veces seducidos  
 Corriendo vamos tras la leve sombra  
 Con la risa en los labios: otras llenos  
 De súbito pavor, el paso errante  
 Volvemos hácia atras: hondos abismos  
 Do quiera se abren, y la torpe huella  
 Tropieza y se hunde.

En el obscuro seno,  
 Morada del horror y sombras vagas,  
 Do las generaciones desaparecen  
 Como vapor ligero y se aniquila  
 Triste y marchita lá creacion entera;  
 Yacen tambien á nada reducidos  
 Del hombre los altivos pensamientos.  
 Sus proyectos quiméricos y audaces  
 Aquí se pierden, cual en negra noche  
 Los celages esplendidos que forma  
 Purpúreo el sol cuando al ocaso baja.

Yo ví la tierra grande y estendida  
 Cubierta de heredades y jardines,  
 Ciudades opulentas, y elevados  
 Palacios, que tocaban las estrellas:  
 Inmensa poblacion los ocupaba,  
 Y el eco vagaroso repetia  
 Su confuso rumor. Cerré los ojos,  
 Y al despertar despues de un breve sueño,  
 Un desierto encontré yermo y desnudo:  
 Los jardines volviéronse malezas,  
 Ruinas son las ciudades, y los hombres  
 Poca ceniza que el sepulcro guarda.

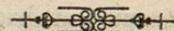
Míranse aquí en lugar desconocido  
 Entre pavor y fetidez inmundas  
 Los restos de un guerrero. Orin impuro  
 Son ya sus armas, y el paves luciente,  
 Que entre nubes de polvo y humo espeso  
 En las batallas resplandor lanzaba,  
 Cual ígneo globo en cielo nebuloso.  
 Eterno yelo el fuego de sus ojos  
 Para siempre apagó: yace cubierta  
 De triste sombra la sañuda frente  
 Que los lauros ciñó de la victoria;  
 Y la diestra, que el rayo fulminaba  
 En los combates con furor tremendo,  
 A cuyo golpe mi aterrada patria  
 Prosternada cayó, yace hora yerta,  
 Helada, en inaccion. Tú conseguiste,  
 Batallador feliz, unir dos mundos  
 Con vínculos funestos, y arrogante  
 De lo alto derrocar al trono Azteca,  
 En duelo convirtiendo el rudo brillo  
 De su agreste poder. De sus victorias  
 Solo recuerdos funerales viven.  
 Tambien mezclados cabe tí reposan  
 Los carcomidos huesos del monarca,  
 Que arrancaste falaz del sólio regio.

Así el sepulcro despiadado absorve  
 Al guerrero triunfante y al vencido,  
 Al señor poderoso y al colono,  
 Al sacerdote y víctima, mezclando  
 Allá en sus antros con olvido eterno  
 Odio y amor . . . .

¡Qué digo! Nunca puede  
 El sepulcro cruel romper los vínculos  
 Del blando amor, y los afectos puros  
 Con que de Dios la mano bondadosa  
 Los mortales unió con nudo grato.  
 Cambia el amor de formas, no perece.  
 ¡Cuántas dulces memorias! ¡Cuántas bellas  
 Ilusiones vivíficas produces,  
 O fúnebre mansion! Son tus umbrales  
 Tranquilo puerto, tras tormenta horrible.  
 ¡Feliz aquel que por la fé alumbrado,  
 Baja con planta firme à tus abismos,  
 Y en ellos mira con valor, misterios,  
 Que jamas alcanzó la vana ciencia  
 Del filósofo audaz!

Dame que escuche  
 ¡O tumba! tus oráculos severos.  
 Dentro tus antros lóbregos descansan  
 Inmóviles cenizas, que mis ojos  
 Con llanto regarán. Ellas encierran  
 Nueva esperanza y plácidos consuelos.  
 Dulce es el llanto, que en el alma estita  
 La fúnebre memoria de una madre  
 Modelo de virtud y de ternura,  
 Y de hijos caros la temprana muerte.  
 ¡Sombras amadas, descansad tranquilas!  
 Vuestra separacion dejó en mi pecho  
 Interna herida, que jamas se cierra:  
 Pero tambien dejó leccion profunda,

Con rasgos indelebles estampada,  
 De sabio desengaño, y de elocuentes  
 Ejemplos de inocencia y de cariño.  
 Jamas, jamas de mi alma adolorida  
 Separaros podrán profundos mares,  
 Largas distancias, interpuestos montes,  
 Ni el confuso bullicio y pompa vana  
 Con que brilla la corte esplendorosa.  
 En mi memoria vivireis constantes  
 Mientras durare mi existencia. Aqueste  
 Recinto melancólico y sombrío  
 Será para mi amor de mayor precio,  
 Que el palacio riquísimo, do lucen,  
 Entre jaspes y ecelsos artesones,  
 El oro y el marfil. Cuando la muerte  
 Con severa piedad destroce el hilo  
 De mi vida apenada y borrascosa  
 Uniréme á vosotras, sombras caras,  
 Renovando los lazos de familia.



## EL SITIO DE PTOLEMAIDA.

TRADUCCION DE UNA ELEGIA

ESCRITA POR SINECIO, OBISPO DE AQUELLA CIUDAD.

¡OH mi amada Cirene, tú que vivos  
De mis antecesores venerados  
Los nombres has guardado en tus archivos!

¡Sepulcros de la Dòrida sagrados,  
Donde no quedarán con mis mayores  
En dulce paz mis huesos sepultados!

¡Tú que eres ocasion de mis dolores,  
Ptolemaida infeliz, pues me hace el cielo,  
El postrimero ser de tus pastores!

¡Nada os puedo decir en tanto duelo,  
Que oprimida la voz, impide el llanto,  
Palabras à mi lengua de consuelo!

¡Tendré que abandonar el templo santo  
Lanzado por el bárbaro enemigo  
Entre la confusion y entre el espanto;

Y huyendo de su saña, cual mendigo  
Buscar, detras de mares procelosos,  
En estraña region quietud y abrigo?

Si huyéremos de noche silenciosos,  
Pediré por piedad alguna espera,  
Y al templo iré con pasos presurosos,

Donde humillado por la vez postrera  
Eshalarà mi pecho atormentado  
Su profundo dolor, su pena fiera.

Daré la vuelta del altar sagrado,  
Y besaré el umbral y sacra mesa,  
Dejando el suelo en lágrimas bañado.

Con la amargura en el semblante impresa  
Abrazado à las puertas del santuario,  
Dirá el último adios el alma opresa.

Las bóvedas del templo solitario  
Huecas repetirán con sordo acento  
Los ecos de mi llanto funerario.

Hasta que llegue el último momento  
Del peligro, y su fuerza aterradora  
De allí me arranque con furor violento.

Mientras esto imagino, no hay una hora  
Propia para el descanso, no de dia,  
No en la profunda noche, no en la aurora.

Si el sueño agobia la cabeza mia  
El clarin me despierta resonante,  
Y del lecho y descanso me desvia.

Estoy siempre en alarma vigilante  
Sobre el muro, vestido de loriga,  
Campados los contrarios por delante.

Rendido estoy de sueño y de fatiga,  
De prevenir la astucia y la cautela  
Con que pueda asaltar tropa enemiga;